

abulta horrores y amarguras insuperables en la virtud: y lo principal es, que se pone de acuerdo con nuestra carne flaca y enferma, y con ella nos hace una guerra intestina é inevitable: porque, ¿quién podrá huir de los ataques de su viciado corazón? Por eso donde quiera que estemos, llevamos con nosotros á nuestro mayor contrario, que con imaginaciones torpes, ideas impuras, y deseos desordenados, incesantemente nos pone en peligro de condenarnos.

Sacarás de esto, que no hay otro remedio, que el que el mismo Apóstol S. Pedro nos aconseja, y es, no descuidarnos, sino estar siempre alerta; ya huyendo de las ocasiones, y ya valiéndonos de la oracion humilde y mortificacion, para quitar así el vigor á nuestra concupiscencia, y facilitar la salvacion de nuestra alma.

MEDITACION L.

LA HORA DE LA MUERTE ES INCIERTA.

PUNTO 1.

Considera, que entre las cualidades de la muerte, ninguna debemos tener mas presente que su incertidumbre; porque ninguna tampoco nos es tan útil como esta, para dirigirnos en el asunto mas importante que tenemos, que es el de nuestra salud eterna.

Pondera, que cuando se trata de afianzar nuestros haberes, inmediatamente nos acordamos de esta incertidumbre. No sabemos, dice todo hombre, no sabemos cuando será nuestra muerte: estiéndanse por tanto escrituras, fórmense testimonios, sáquense apuntes, y ni un solo dia se deje pasar sin estos requisitos; porque puede ser, añaden, que muramos hoy: y así, cuando menos, con algunas firmas provisionales aseguran sus bienes y sus fortunas. ¡Y para la salvacion de nuestra alma, que es el negocio de los negocios, hemos de permitir

friamente que pasen los días, los meses, y quizá los años, sin precavernos, ni asegurarnos con las precisas diligencias, pudiendo venir esta noche la muerte, y cogernos desprevenidos?

Infiere de estó la gravedad de tu descuido. Abre, por tanto, los ojos; y esa prudente desconfianza que usan generalmente los hombres en sus asuntos, sírvate de lección para el tuyo, y repite con ellos: puede ser que muera esta noche, y así por esta incertidumbre haré ahora mismo, lo que despues quien sabe si podré hacer.

PUNTO 2.

Considera, la estrechísima cuenta, que nos pedirá el Señor en nuestro juicio, de esta negligencia verdaderamente indisciplable. Porque si á todas horas tenemos á la vista esta incertidumbre, y por eso tomamos las medidas necesarias para la seguridad temporal de nuestras cosas, ¿qué escusa podremos alegar, para no haber vivido vigilantes; como nos lo advierte Jesucristo?

Ponderar, qué caro se paga este letargo. Los pecadores bien conocen y confiesan, que la hora de morir es incierta; pero néciamente confían, en que tal vez no será pronta, y con esto continúan corriendo en pós de sus desordenados deseos, y burlándose del aviso que tantas veces les dá Jesucristo: pero el Señor, en uso de su justicia, y en cumplimiento de su palabra, les dá el terrible grito, cuando menos lo esperaban; y ellos entónces, viendo que repentinamente se les viene encima toda una eternidad desgraciada, conocen y confiesan su engaño, y con inútiles lágrimas lloran su pereza y descuido.

Proponte, pues, por fruto de estas reflexiones, el evitar en tí este triste suceso, comenzando, desde este mismo instante, el arreglo de tu conciencia. Velad, dice Jesucristo, porque no sabéis la hora en que el hijo del hombre vendrá. Ten siempre muy presente este aviso, pues no en vano te lo repite el Señor tantas veces en su Evangelio.

Progresando vélozmente, no tienen que
Tom. II.

MEDITACION LI.

UTILIDAD DE LAS ENFERMEDADES.

PUNTO 1.

Considerar, que nada tiene de extraño, antes bien es forzoso, nacer todos sujetos á toda clase de enfermedades naturales; porque habiendo gustado nuestro primer padre aquella fruta dañosa, envenenó con ella á su desgraciada posteridad.

Pondera; pero con el llanto mas amargo; que con el nacimiento de la culpa en el paraiso, murió allí mismo la inocencia; desapareció para siempre la justicia original; quedó prohibido el uso del precioso árbol de la vida; y fué consecuencia de esto, no solamente el gravísimo daño de nuestra alma, sino el desarreglo, debilidad y desórden de los órganos y funciones de nuestro cuerpo. ¡Antecedentes lamentables, de los que inevitablemente nos vienen millares de millares de achaques y enfermedades, que aumentándose sin remedio, y progresando velocísimamente, no tienen otro

término que la total destruccion de nuestra naturaleza!

Saca de aquí, el curarte con las mismas enfermedades; pues conociendo en ellas la gravedad y malicia del pecado que te las causó, otendrás un poderoso motivo para llorarlo, aborrecerlo y corregirlo. Tú siempre habrías vivido sano, si hubieras perseverado inocente; no culpes, pues, á Dios, porque sola tu inconstancia te atrajó tantos dolores y enfermedades.

PUNTO 2.

Considera, que aunque las enfermedades son un justo castigo del pecado que en Adán cometimos, la mano misericordiosa del Señor no siempre te las envia para castigarte, sino para formar con ellas tu mérito, y labrar tu corona.

Ponderar, que ninguna de cuantas cosas tuyas ofrezcas á Dios, le es tan agradable, como el sufrimiento y paciencia en las enfermedades con que te affige. Desengaña-te, que ni el cilicio, disciplina ó ayuno será tan acepto á sus ojos, como esta resig-

nacion en recibir tus dolencias. En la cama quiere probarte Dios; y en la cama puedes fácilmente consagrarle la mejor ofrenda. No te desconsueles, ni te quejes de que Dios te abandona, cuando te molesta y mortifica; antes bien entónces lo tienes mas cerca y mas empeñado en salvarte. Los malvados, por lo comun, no padecen, mientras los justos lloran. ¿Qué quiere decirnos Dios con esto? Medítalo seriamente, y entónces agradecerás esa cruz que el Señor te envia, y querrás ser del número de los afligidos.

Saca de aquí, mirar en lo de adelante tus enfermedades como pruebas del amor que Dios te tiene. Mientras sean mas graves y mas continuas tus dolencias, sea mayor tu agradecimiento; porque en eso debes conocer el ardiente deseo con que el Señor quiere purificarte, para que entres cuanto antes en su reino.

MEDITACION LII.

LIBERALIDAD CON QUE DIOS PREMIA.

PUNTO 1.

Considera, que es Dios tan magnánimo y liberal con los que le sirven, que tendriamos dificultad en creerlo, á no asegurarlo su palabra, y á no confirmarlo nuestra propia esperiencia.

Pondera lo que tú mismo ves en la historia de tu vida. Hallarás tus dias señalados con insignes favores é innumerables beneficios. Trae á tu memoria las veces que, con su luz soberana, ha desterrado tu oscuridad y tinieblas; los socorros tan oportunos que te ha prestado en tus necesidades y conflictos; la mano misericordiosa que te ha estendido, para libertarte de mil riesgos y peligros que te amenazaban, sin que ni tú mismo los conocieses; en una palabra, tantos auxilios y gracias con que te ha protegido: sábet, pues, que mucho de todo esto ha sido para recompensarte este ó aquel otro servicio que has hecho por él.

¿Podrás desear un Señor mas liberal y generoso?

Infiere de aquí, que no debemos servir á otro amo que á Dios. Mientras el mundo es un tirano cruel, que todo promete, y nada cumple; recibe, y no agradece; Dios, por el contrario, con nada se queda, y todo lo agradece; y paga nuestros servicios con un premio infinitamente mayor que lo que merecen.

PUNTO 2.

Considera, que es de Dios cuanto le podemos ofrecer, y no obstante que cuando acepta nuestros servicios, recibe lo que es muy suyo, lo agradece y nos lo paga, como si no tuviera un verdadero dominio y derecho sobre ello. ¿No es esto una prueba evidente de su liberalidad?

Pondera, que en los grandes servicios que hacemos á los principes de la tierra, es poniendo tal vez por ellos nuestra vida, la recompensa suele no ser otra que el manifestarnos algunas señales de gratitud; y nosotros nos damos, con solo esto, por muy

honrados. No paga así Dios. Estima el menor tributo, como si de él recibiera un verdadero honor y provecho. Una pequeñísima moneda que una viuda miserable ofreció en el templo, no solamente la estimó, sino públicamente la celebró. Pero ¿qué mas podrá decirse, cuando el mismo Señor nos asegura un inmenso premio, por solo un vaso de agua ofrecido en su nombre!

Saca de aquí, abrir tus ojos para ver cuanto has perdido, y no perder tiempo en los servicios hechos á los hombres, sin mayor provecho ni utilidad. Empénate en servir á Dios: lo primero, porque todo lo merece; lo segundo, porque todo lo aprecia; y lo último, porque todo lo recompensa.

MEDITACION LIII.

AMOR Y RESPETO AL SANTO ANGEL

CUSTODIO.

PUNTO 1.

Considera, que una de las mayores pruebas que tenemos de la caridad con que Dios nos mira, es habernos destinado, desde el instante en que nacemos, uno de sus ángeles; ordenándole: que nos cuide, nos proteja, y nos libre de cuantos peligros nos amenazen.

Ponderar, que á este fiel compañero, dice S. Bernardo, debes tenerle mucho respeto, mirarle con devocion, y poner en él tu confianza. Le debes respeto, porque siempre te está mirando; y no has de atreverte á cometer en su presencia, lo que delante de mí no egecutarías. Le debes amor, porque no tiene mas empeño que cuidarte. Y debes, por último, confiar en él, porque está dotado de sabiduría y fortaleza, y estando de tu parte, nada tienes que temer.

Infiere de aquí, el reprehensible descuido de

muchos que no se acuerdan de tan buen patrono, ó la negra ingratitud con que pagan mal á tan buen amigo. Evita estas faltas, y no dejes diariamente de saludarlo, y pedirle reverente que te preste sus auxilios y sus socorros.

PUNTO 2.

Considera lo que S. Rafael practicó con el jóven Tobías, y conocerás claramente lo que debes esperar de tu Angel Custodio. Ese Arcángel guió en su viage á Tobías, lo volvió sano á su pátria, lo libertó del formidable pez, auyentó de la casa de su esposa al demonio, restituyó la vista al anciano Tobías, y á toda la familia hizo mil bienes.

Ponderar, que todo es muy conforme con lo que Dios tiene ordenado sobre esto. Sábetete, dice en el Exodo, sábetete, que yo enviaré mi Angel, para que vaya delante de tí, te guarde en el camino, y te haga llegar al lugar que yo te he destinado. Escucha sus consejos, y obedécelo. Cuidado, no lo desprecies; porque es despreciarme á mí. Si fueres dócil á sus órdenes, yo seré

enemigo de los que lo fueren tuyos, y sabré castigar á los que quieran afligirte. ¿Puedes desear mayores beneficios?

Saca por fruto de esto, el no desviarte nunca de tan sábio conductor; y cuando te urgieren alguna tentacion, dice S. Bernardo, invócalo, y lleno de confianza dile: protector mio, sálvame. Esto egecutó el jóven Tobías. Haz tú lo mismo; y en todo saldrás con felicidad.

MEDITACION LIV.

VENERACION A LAS SANTAS IMAGENES.

PUNTO 1.

Considera, que las santas imágenes se conservan entre nosotros, para que continuamente estén recordándonos aquellas Personas que por sus virtudes, méritos y servicios, hechos á Dios y á los hombres, son acreedoras á nuestro respeto y admiracion. Admiracion debida tambien á tales cópias ó retratos, por razon del original que representan.

Ponderar, que si con tanto aseó se guarda, y con tanto cariño se mira un retrato, un anillo, ó cualquiera otra prenda de las personas que en el mundo amamos, y con las que nos unen, ó los beneficios, ó la amistad, ó la sangre; ¿qué estimacion y aprecio merecerán los dichosísimos moradores del cielo, que son, sin duda, nuestros parientes, nuestros bienhechores, y nuestros grandes amigos? La razon, la gratitud y la naturaleza nos piden este culto, y este tributo de amor.

De aquí sacarás, dirigir tu afecto y veneracion á esos héroes insignes del cristianismo, que desde la pátria celestial esperan y aceptan, el religioso culto que por medio de sus imágenes les prestamos. Respétalas, sí, y adóralas, como retratos de tan amables originales.

PUNTO 2.

Considera que nuestra reverencia y culto, no se detiene ni se fija en la escultura ó pintura, sino que se eleva hasta el original; sin embargo de que prestemos á

ciertas imágenes un especial honor y veneracion; porque en ellas ha tenido á bien Dios y sus santos mostrarse mas propicios y favorables.

Ponderar, que la reverencia debe ser proporcional á la santidad y perfeccion del objeto á quien se dirige: y siendo Jesucristo verdadero Dios, y, por lo mismo, de una santidad y grandeza incomparable, tributamos á sus imágenes el culto supremo que es el de la tria: á las de María Santísima las ofrecemos menor culto; pero mas grande que el que merecen los bienaventurados, como que ella sola excede en mérito á todos los santos juntos; y despues rendimos y consagramos nuestros respetos á los demás cortesanos del cielo, como á nuestros intercesores, y muy dignos de veneracion y alabanza.

Sacarás de esto, la modestia y compostura que debes observar ante las santas imágenes: lo primero, porque son acreedoras al respeto que se debe á sus originales; pues si á la estatua de un príncipe de la tierra prestamos atencion y respeto, ¿por

qué no á los retratos de los príncipes del cielo? Y lo segundo, porque esta veneracion cedé en gloria de Dios, á quien confesamos admirable en sus santos.

MEDITACION LV.

LIMOSNA.

PUNTO 1.

Considera, que aunque el socorrer con la limosna á nuestros prójimos en sus necesidades, sea un verdadero precepto de la caridad, por ser todos Hijos de Jesucristo; no hay, sin embargo, obligacion cuyo cumplimiento sea mas fácil; porque no se te pide que te prives de lo que te es necesario para tí ó para tu familia; sino solamente, como se explica el Evangelista S. Lucas, que dés limosnas de lo que te sobra.

Ponderar, que la limosna es un tributo que por medio de los pobres se paga á Dios: y si es puesto en razon el pagarlo á los príncipes de la tierra, por la protec-

ción que nos prestan, mandando Jesucristo que se dé al César lo que es del César, ¿cuánto mas justo será darlo á Dios, de quien hemos recibido cuanto tenemos? Darlo á Dios, repito; porque la mano del pobre, dice S. Juan Crisóstomo, es la mano de Cristo; y si el miserable lo recibe, Cristo es quien lo acepta.

Saca de aquí, el satisfacer ante todas cosas esta obligacion, con la liberalidad y prontitud que permitan tu condicion y tu estado; y haz que el Señor sea tu heredero; porque portándote con ruindad, heredará y poseerá tus bienes, dice S. Ambrosio, la carcoma, la podre y la polilla.

PUNTO 2.

Considera, que si socorriendo al necesitado satisfaces un importante tributo, tambien haces un sacrificio de misericordia; pero tan acepto al Señor, que en su comparacion olvida y renuncia los demás, diciendo: *Misericordia es lo que quiero, y no sacrificios.*

Pondera, que el auxiliar á nuestros her-

manos en sus necesidades, es un escudo tan poderoso, que cubiertos con él, sin duda aplacaremos la cólera de Dios, aun quando mas irritado esté contra nosotros: el que egerza misericordia con los pobres, está seguro del perdon, dijo S. Pedro Crisólogo. Por eso se echa mano de este medio, quando el azote está sobre nosotros, y parece inevitable el castigo. Así Daniél exhortaba á Nabucodonosor á que redimiera con limosnas sus pecados: y así tambien aseguró Tobías, que alcanzaríamos misericordia; porque esta virtud nos inspira confianza en la presencia de Dios.

Saca de aquí, no despreciar un medio de que tanto necesitas valerte por tu propio interés. Quando haces limosna, tú eres el mas bien logrado; porque para el mayor conflicto que te espera, que es morir, ella es la que entónces te protegerá: prometiéndote Dios, que él será entónces quien alivie tus dolores, quien te consuele, y te libere de tus enemigos.

MEDITACION LVI.

PERDON DE LAS INJURIAS.

PUNTO 1.

Considerar, qué perfecta, qué admirable, y qué santa es nuestra Religion; y cuántas ventajas lleva la ley de Jesucristo á la antigua. La ley antigua permitía aborrecer á los enemigos; pero nuestra ley; ley verdaderamente de gracia; manda que los perdonemos, sean cuales fueren sus ofensas y sus agravios.

Ponderar, qué cuanto es mas difícil el cumplimiento de este precepto, tanto es mas heroico y meritorio. Para vencer la resistencia que presenta la inclinacion de nuestra naturaleza corrompida, reflexiona, que si los prójimos no son dignos por sí de estimacion y aprecio, Dios es á quien se ama en ellos, y Dios es quien así lo manda y lo quiere. Y pregunto: ¿este grande sacrificio que hacemos por su Magestad, dejará de corresponderle con la mayor magnificencia? ¿Dejará de perdonarte tus cul-

pas, cuando tú en su nombre perdonas las ajenas?

Saca de aquí, un ánimo pronto de perdonar; y nunca vuelvas mal por mal. Atiende al mandamiento que el Señor te impone, y al premio que te espera; y te aseguro, que con este secreto endulzarás y suavizarás el precepto, por árduo que te parezca.

PUNTO 2.

Considera, que el corazon del cristiano debe ser muy noble y generoso: y así Jesucristo, deseando elevarnos á la mayor perfeccion, no solamente nos pide que perdonemos las injurias, sino que amemos de corazon á los que nos agravian; y algo mas, que hagamos bien á los que nos aborrecen.

Ponderar, que nuestro Salvador no se limitó á mandarnos que amáramos á nuestros enemigos, sino que conociendo que nuestro corazon habia de resistirse á esto, nos estimuló y convidó, presentándose sobre la cruz cargado de oprobios, afrentas, ignominias, deshonoras, y rodeado de feroces é im-

placables enemigos que se las inferian: y en medio de tantas y tan graves ofensas, perdona, ama, y solo abre sus divinos lábios, para pedir á su Padre por ellos, y para que se les aplique el valor infinito de la sangre que ellos mismos derraman. ¿Podrás resistirte con este egemplo?

Saca de aquí, cuando al considerarte ofendido quieras tomar venganza, el echar una mirada al Calvario; y haciendo un recuerdo del modelo que allí tienes, pregúntate á tí mismo: ¿son mis agravios mayores que los que recibe mi Redentor? ¿Mi honor ofendido es comparable con el suyo? Esta comparacion calmará tu enojo, y te moverá al amor; y mucho mas teniendo presente, que tú tambien tienes de que ser perdonado.

MEDITACION LVII.

JUICIOS TEMERARIOS.

PUNTO 1.

Considera, que el juicio temerario es una maligna sospecha que formamos de las acciones ajenas, creyéndolas reprehensibles y malas, sin tener un verdadero fundamento, una razon suficiente, ó sólida prueba en que estribe nuestra creencia.

Ponderar, que este vicio es sumamente aborrecible á los ojos de Dios; porque es diametralmente opuesto á la caridad. Ninguna cosa hay mas encargada por Jesucristo; ninguna mas espresamente mandada; ninguna mas repetida en las santas Escrituras, que el amor fraternal que debemos tenernos unos á otros. ¿Y se dirá que tú tienes este amor á tus prójimos, cuando, por una apariencia, á primera vista censuras sus acciones, las críticas, y las condenas?

Saca de tu ligereza y precipitacion, un temor grande de ser tú juzgado con du-